El Cid Campeador

Pedro Fuentes Caballero

El Cid Campeador

Rodrigo de Vivar, conocido como El Cid Campeador, nació en Vivar, cerca de Burgos, entre los años 1048 y 1050. Su vida culminó en Valencia el 10 de julio de 1099. Este guerrero se ha convertido en un héroe legendario, inmortalizado en la famosa obra literaria "El Cantar de Mío Cid".

No existe registro histórico o diplomático que indique con precisión el lugar y la fecha de nacimiento de Rodrigo Díaz de Vivar. Sin embargo, se cree que nació en Vivar del Cid, un pequeño pueblo ubicado a nueve kilómetros al norte de Burgos.

Esta suposición se basa en que todas las fuentes épicas se refieren a él como "el de Vivar", lo que sugiere que este detalle es parte del núcleo de veracidad de dichas fuentes. En aquella aldea, que en ese tiempo se encontraba en el límite de Castilla, su padre era un noble de la frontera.

En el año 1054, tras la muerte del rey Sancho de Pamplona en Peñalén, este noble recuperaría de manos navarras las fortalezas de Ubierna, Úrbel y La Piedra. Se puede situar el nacimiento de Rodrigo entre los años 1048 y 1050, basándose en la información del Carmen Campidoctoris, que lo describe como “aún adolescente” en 1067, cuando logró vencer al navarro en su primer combate singular. Además, su matrimonio tardío en 1074 sugiere que, si hubiera nacido en 1043, sería complicado aceptar que permaneciera soltero hasta los 31 años.

La familia materna de Rodrigo Díaz pertenecía a una categoría social que explicaba su decisión de completar su educación tanto humana como militar en la corte de Fernando I, donde se encontraba junto a algunos de los hijos de la realeza. En la pequeña corte del infante Sancho, Rodrigo no solo crecería, sino que también se adentraría en el aprendizaje de las artes bélicas y en el estudio de las letras.

En el año 1063, el infante don Sancho fue enviado por su padre a Zaragoza con la misión de recaudar las parias. En este viaje, lo acompañó Rodrigo, quien podría haber sido un paje o ya un caballero armado. Durante ese mismo periodo, el rey aragonés Ramiro I estaba llevando a cabo un ataque en Graus. Don Sancho, al mando de su ejército castellano, decidió acudir en ayuda de su tributario al-Muqtadir, lo que resultó en la muerte del rey Ramiro en el enfrentamiento. La Historia Roderici no menciona ninguna acción destacada de Rodrigo en esta batalla, limitándose a señalar que estaba al lado del infante castellano.

El 27 de diciembre de 1065, Fernando I falleció, y en ese instante, Sancho tomó las riendas del gobierno de la porción del reino que le había sido asignada por su padre: Castilla.

Carmen Campidoctoris sostiene que el título de Campeador fue otorgado a Rodrigo tras su triunfo en un duelo contra un guerrero navarro, un evento que se puede situar en el año 1067. Además, en la Historia Roderici se menciona otra contienda singular del Campeador, en la que se enfrentó a un sarraceno de Medinaceli, a quien no solo derrotó, sino que también acabó con su vida.

No está claro si en las acciones bélicas de 1067 Rodrigo ya desempeñaba el papel de alférez o abanderado de la hueste castellana. Sin embargo, lo más probable es que no fuera así, ya que la Historia Roderici no menciona este detalle. En cambio, sí nos relata que "en todas las guerras que el rey Sancho libró contra el rey Alfonso, en Llantada (1068) y en Golpejera (1072), Rodrigo se erguía como el portador de la insignia real de Sancho, destacándose entre todos los guerreros del ejército castellano".

Las victorias obtenidas por el rey Sancho lo llevaron a ser coronado en León el 12 de enero de 1072, asumiendo el título de rey emperador de todo el reino leonés de Fernando I, incluyendo Galicia.

Sin embargo, en Zamora, su hermana Urraca se resistía a acatar sus órdenes. Así, al finalizar el verano de ese mismo año, Sancho, acompañado por Rodrigo en su ejército, decidió sitiar la ciudad. Durante el asedio, el rey Sancho fue traicionado y asesinado por Bellido Dolfos. No se tiene información sobre la participación del Campeador en este suceso, que se considera más bien una creación de los juglares. Lo que sí se sabe es que él se encargó de llevar el cuerpo de su rey hasta el monasterio de Oña, en Burgos, el lugar que el difunto había elegido para su descanso eterno.

Rodrigo había perdido al rey Sancho, su señor y mentor, quien había sido una figura destacada en su vida. Sin embargo, según la Historia Roderici, el Campeador no tuvo un mal comienzo con el nuevo monarca. Alfonso VI lo recibió con gran honor, tratándolo como un vasallo y manteniéndolo a su lado con amor y respeto. Al aceptar el vasallaje de Rodrigo Díaz, Alfonso VI estableció un vínculo personal de homenaje y lealtad, comprometiéndose a protegerlo y apoyarlo. De este modo, Rodrigo no era simplemente un súbdito más del nuevo rey; en cambio, fue acogido en el círculo más cercano y selecto de los fieles y vasallos personales de Alfonso VI.

La responsabilidad más importante del señor era asegurar un buen matrimonio para sus vasallos, y Alfonso cumplió con este deber de manera excepcional en el caso de Rodrigo Díaz. Se encargó de que Rodrigo contrajera matrimonio con Jimena Díaz, una dama asturiana que era hija de Diego, conde de Asturias, y hermana de otros tres condes. Jimena, además, era biznieta del rey leonés Alfonso V, lo que la convertía en sobrina del rey Alfonso VI en términos medievales, ya que era hija de una prima carnal del monarca. Pertenecía a una de las familias más nobles del reino.

La carta de arras, que data del 19 de julio de 1074, se conserva en la catedral de Burgos. En este documento, Rodrigo le otorgaba a doña Jimena, bajo el fuero de León, la mitad de todos sus bienes, lo que incluía cuatro villas completas y partes de otras 39, situadas entre Burgos y Torquemada.

Tras tres años de residencia en Castilla, el año 1079 surgirá el primer incidente grave que pudo dañar la imagen de Rodrigo ante el Rey; ese año Alfonso VI enviaba dos embajadas a cobrar las parias anuales que los reyes taifas solían abonar al Rey leonés; una presidida por el Campeador se dirigió a Sevilla, otra dirigida por el conde García Ordóñez y otros importantes nobles navarros tuvo como destino Granada.

Ambos reyes taifas, de Sevilla y de Granada estaban en pugna; el de Granada, aprovechando la presencia de la embajada de Alfonso VI y con el auxilio de esta, penetra en los dominios del taifa sevillano; este reclama el auxilio de Rodrigo, que se encontraba en Sevilla.

El Campeador, preocupado por la situación, decidió enviar cartas a los intrusos, pidiéndoles que, por respeto al rey Alfonso, desistieran de su ataque. Sin embargo, los intrusos, confiando en su mayor número, no solo ignoraron sus súplicas, sino que se burlaron de él y continuaron su avance, saqueando todo a su paso hasta llegar al castillo de Cabra. Al enterarse de esto, Rodrigo partió de Sevilla y se enfrentó al ejército granadino, logrando deshacerlo. Durante la batalla, capturó al conde García Ordóñez y a los nobles que lo acompañaban. Después de mantenerlos tres días como prisioneros y despojarlos de sus tiendas y otros pertrechos, que consideró un legítimo botín de guerra, les permitió marchar libres sin exigir rescate alguno. Así, con la victoria en su haber, regresó a Sevilla. Este episodio, sin que Rodrigo necesitara añadir ofensas innecesarias a la derrota, dio origen a una enemistad duradera entre él y García Ordóñez, quien no cesaría de acusarlo ante el Rey de haberse quedado con parte de los regalos del Rey de Sevilla.

En el año 1081, el rey Alfonso se encontraba en campaña en las tierras de Toledo. Mientras tanto, Rodrigo, alegando una enfermedad, decidió quedarse en su hogar. Sin embargo, los musulmanes lanzaron un ataque sorpresivo sobre Gormaz, logrando hacerse con un valioso botín. Al enterarse de esta situación, Rodrigo no dudó en actuar. Rápidamente reunió a un grupo de hombres y se lanzó a la persecución de los invasores. Cruzó las fronteras del reino toledano y, tras su exitosa misión, regresó con un impresionante número de cautivos, alcanzando hasta 7.000 personas, tanto hombres como mujeres.

En este segundo episodio, el Rey recibe la noticia de lo ocurrido como una grave imprudencia, e incluso como una traición que busca incitar a los musulmanes de Toledo a reaccionar con violencia, atacando y asesinando al rey Alfonso, quien se encontraba en medio de ellos. Ante esta situación, el Rey, visiblemente irritado por la acción del noble de Vivar, decide desterrarlo. Es probable que el Monarca tuviera motivos para su decisión, considerando que la cabalgada pudo haber sobrepasado lo que se consideraba apropiado y que, además, podría haber infringido algunos de los acuerdos establecidos con los moros toledanos.

La expulsión del Reino era la sanción habitual que se imponía a un vasallo que caía en la "ira del rey". Esta medida no implicaba la confiscación de sus bienes ni afectaba a los familiares cercanos del desterrado. El Campeador tenía la opción de dejar a Jimena y a sus hijos en su hogar o en cualquiera de sus numerosas propiedades, que se extendían por casi 80 villas y aldeas.

Sin embargo, sus vasallos debían acompañarlo en su exilio hasta que lograran "ganarse el pan o encontraran un señor que les hiciera bien". Según la Historia Roderici, Rodrigo emprendió su viaje hacia Barcelona con la intención de ofrecer sus habilidades a los condes de la ciudad, los hermanos Ramón II y Berenguer II. Sin embargo, a pesar de su interés por las ambiciones reconquistadoras de estos nobles catalanes, no logró llegar a un acuerdo con ellos. Así, su camino lo llevó a Zaragoza, donde reinaba al-Muqtadir, perteneciente a la familia de los banu Hud. Este último recibió a Rodrigo con gran entusiasmo, convencido de que los servicios del exiliado podrían liberarlo de las parias que su reino había estado pagando a los cristianos durante más de veinte años, ya fuera a Castilla, Aragón o Barcelona.

Al llegar a Zaragoza, el rey al-Muqtadir fallece, lo que provoca la división de su reino entre sus dos hijos. A Yusuf al-Mu'tanim, el primogénito, le corresponde Zaragoza, mientras que su hermano Alfagit recibe el Reino de Denia, junto con Tortosa y Lérida. La contienda que estalla entre ambos hermanos realza el valor de los servicios militares de Rodrigo, quien permanece al servicio de al-Mu'tamin.

Alfagit, por su parte, se dedicará a reunir y obtener el apoyo del rey de Aragón, Sancho I Ramírez, así como del conde Berenguer Ramón II de Barcelona. La confrontación entre Rodrigo y los cristianos aliados del rey moro de Lérida se vuelve inevitable. En primer lugar, Sancho Ramírez acude en ayuda de Rodrigo, logrando con éxito la defensa de Monzón, en Huesca. Posteriormente, se dirige a reforzar el castillo de Almenar, situado a 20 kilómetros al norte de Lérida, donde el Campeador se enfrenta al rey de Lérida. En esta contienda, se encuentran junto a él el conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, el conde de Cerdanya, el hermano del conde de Urgel, así como los gobernantes de los condados de Besalú, Ampurdán, Rosellón y hasta de Carcasona.

Las fuerzas de Zaragoza y Lérida, junto con sus respectivos aliados, se encontraron en un enfrentamiento decisivo. En medio de la tensión, Rodrigo logró persuadir a al-Mu’tamin para que enviara propuestas de paz y aceptara pagar un tributo por el castillo de Almenara. Sin embargo, los aliados del Rey de Lérida, que contaban con una abrumadora superioridad numérica, rechazaron todas las ofertas de conciliación. Ante esta situación, no quedó más remedio que recurrir al combate. En esta contienda, las tropas de Rodrigo, el Cid, salieron victoriosas, logrando poner en fuga al ejército de Alfagit y a sus auxiliares barceloneses, quienes sufrieron grandes pérdidas y dejaron atrás un vasto botín.

Entre los prisioneros capturados se encontraba el conde de Barcelona, junto a muchos de sus caballeros. Rodrigo decidió entregarlos a al-Mu'tamin, quien, tras cinco días, permitió que regresaran libres a su tierra.

La notable victoria de Almenar, que se sitúa en el año 1082, marcó el cierre de la primera campaña de Rodrigo al servicio del rey musulmán de Zaragoza. Al regresar a la ciudad como un héroe, fue recibido con gran distinción y con expresiones de gratitud y respeto tanto por el rey como por la comunidad musulmana.

En el mismo año, el alcaide del castillo de Rueda, ubicado en Zaragoza, decidió desobedecer a al-Mu'tamin y propuso entregar la fortaleza a Alfonso VI. El rey, al enterarse de esta oferta, se dirigió a Rueda el 6 de enero de 1083 para tomar posesión del lugar. Sin embargo, las tropas leonesas se encontraron atrapadas en una emboscada mortal, donde muchos nobles y caballeros perdieron la vida, poniendo en grave peligro incluso la vida del propio rey. Rodrigo, que se hallaba en la región de Tudela, al recibir noticias del desastre, se apresuró a acudir en ayuda de su rey. Alfonso VI lo recibió con gran alegría y lo invitó a regresar con él a Castilla. El Campeador comienza su viaje de regreso junto a Alfonso, pero tras la alegría del reencuentro, Rodrigo percibe algunas reservas que lo llevan a tomar la decisión de no seguir hacia Castilla y optar por regresar a Zaragoza. A partir de este instante, parece que el Campeador ha dejado de ser un desterrado; se ha convertido en un caballero que prefiere mantener la envidiable situación que disfruta en Zaragoza en lugar de arriesgarse a un futuro incierto en Castilla.

Las dos campañas fortalecerán aún más la conexión entre el Rey de Aragón y el musulmán de Lérida. Esta unión será tan sólida que ambos decidirán emprender un viaje hacia las tierras de Morella con el objetivo de enfrentarse al Campeador.

El 14 de agosto de 1084, se libró una batalla campal que resultó en una victoria aplastante para las fuerzas del Cid. Este enfrentamiento no solo llevó a la derrota de los dos monarcas, quienes fueron forzados a huir, sino que también permitió a los hombres del Cid perseguirlos durante un buen trecho. En el transcurso de la contienda, se capturaron a numerosos prisioneros, entre los que se encontraban figuras destacadas como el obispo de Roda, Raimundo Dalmacio, el conde Sancho Sánchez de Pamplona, el conde Nuño de Portugal, y otros tres personajes notables que la Historia Roderici menciona por su nombre. Después de la victoria, Zaragoza vivió un recibimiento espectacular.

Al-Mu'tamin, junto a sus hijos y los ciudadanos, se dirigieron a recibir al triunfador en Fuentes de Ebro, que se encuentra a unos 22 kilómetros. Así, el vencedor hizo su entrada en Zaragoza rodeado de los vítores y aplausos de la gente.

En el año 1085, el rey al-Mu'tamin falleció, y su hijo al-Musta'in II asumió el trono. Sin embargo, la situación de Rodrigo permaneció inalterada.

El 25 de mayo de 1085, Alfonso VI logró integrar el reino musulmán de Toledo a sus dominios. Ante este avance cristiano, los reyes de taifas se sintieron amenazados y decidieron solicitar ayuda a los almorávides de África. Estos cruzaron el Estrecho y, el 23 de octubre de 1086, se enfrentaron a Alfonso VI en la batalla de Zalaca, también conocida como Sagrajas, en Badajoz. En este enfrentamiento, infligieron una dura derrota al rey, lo que puso en riesgo las recientes conquistas del reino de Toledo.

Al enterarse de la crítica situación de su rey, el Campeador decide abandonar el servicio del taifa de Zaragoza. Así, en los años 1086 o 1087, llega a Toledo para ponerse a disposición de su señor, quien le confiere el gobierno de siete alfoces: Dueñas en Valladolid, Ordejón en Burgos, Ibia y Campoo en Palencia, Iguña en Santander, Briviesca en Burgos y Langa en Soria. En el año 1087, Alfonso VI envía al Campeador a Valencia con la misión de asegurar el trono de esa ciudad para al-Qadir, el antiguo rey de Toledo, a quien el rey cristiano había prometido Valencia a cambio de Toledo. El Campeador llegó a Zaragoza, donde aprovechó para reforzar su mesnada. En ese momento, se unió a él el rey al-Musta‘in, quien también tenía la ambición de conquistar Valencia. La presencia de Rodrigo llevó a Berenguer Ramón II, que se encontraba sitiando la ciudad, a retirarse. Aunque al-Musta‘in deseaba hacerse con Valencia, el Campeador se lo impidió, argumentando que solo seguía las órdenes de su rey Alfonso. Por su parte, al-Qadir reconoció a Rodrigo como su salvador, brindándole un gran honor.

En el año 1088, Alfonso VI tomó la decisión de ordenar a Rodrigo que uniera su mesnada valenciana al ejército real que se dirigía hacia Aledo, en Murcia, con el objetivo de levantar el asedio que los almorávides habían impuesto a la guarnición cristiana. Sin embargo, la esperada reunión entre ambos ejércitos no se llevó a cabo debido a un malentendido sobre las rutas a seguir.

Este error fue aprovechado por los adversarios de Rodrigo, quienes lo acusaron de traición, alegando que había abandonado al Rey en un momento de peligro. El Monarca, al escuchar estas acusaciones, decidió tomar medidas drásticas, declarando a Rodrigo culpable de este delito, confiscando sus bienes y apresando a su esposa e hijos. Las justificaciones de Rodrigo y sus propuestas de demostrar su inocencia a través de un juramento solemne o un duelo, como si se tratara de un juicio de Dios, no tuvieron ningún efecto. Lo único que logró fue la liberación de doña Jimena y sus hijos. A partir de ese momento, Alfonso lo declaró traidor, y el Campeador se vio obligado a sobrevivir en territorio musulmán, confiando únicamente en su espada. Además, no volvería a servir a ningún otro príncipe taifa, como había hecho anteriormente durante cinco años, entre 1081 y 1086, cuando se puso al servicio del Rey de Zaragoza.

En enero de 1089, un ataque sorpresivo se llevó a cabo contra el castillo de Pelope, conocido como Polop. La fortaleza fue sitiada con gran intensidad, y en cuestión de días, los defensores fueron derrotados. Durante la conquista, se descubrió una abundante cantidad de oro, plata, seda y telas valiosas. Al apoderarse del tesoro que pertenecía al Rey moro de Denia, que estaba resguardado en esa fortaleza, este audaz asalto le brindó la oportunidad de pasar el invierno en la región.

El viaje lo llevó a marchar por el puerto de Tarnani, conocido como Tarbena, siguiendo el camino que pasaba por Parcent. Tenía la opción de transitar por Orba, también llamada Awraba, o por Pedreguer, conocido como Uqayba.

Antes de alcanzar Dénia, se dedicó a la reconstrucción de un castillo en Ondia, hoy Ondara, al que fortificó. En ese lugar, llevó a cabo el ayuno de Cuaresma y celebró la Pascua de la Resurrección. Además, logró establecer la paz con Alfagib, el rey de Dénia, gracias a la propuesta y súplicas de este último.

El poder que había adquirido el Campeador en Valencia generó una gran preocupación en el Rey de Lérida, quien decidió solicitar la ayuda del conde de Barcelona, Berenguer Ramón II. Este conde no podía olvidar la humillante derrota que había sufrido a manos del Cid cinco años atrás. Con la llegada de la primavera de 1090, Berenguer se preparó para marchar con un vasto ejército. Mientras tanto, el Campeador optó por buscar refugio en las montañas de Morella, donde el conde catalán lo seguiría hasta el Pinar de Tévar. Tras intercambiar cartas desafiantes, ambos líderes se encontraron en el campo de batalla en un día de junio de 1090. Aunque Rodrigo enfrentó momentos difíciles al ser derribado de su caballo, la contienda culminó en una derrota aplastante para Berenguer II, quien fue capturado junto a otros 5.000 guerreros. El conde y Giraldo Alamán lograron recuperar su libertad tras el pago de un rescate de 80.000 monedas de oro. En cuanto a los demás prisioneros, cada uno tuvo que negociar individualmente el costo de su liberación. Poco tiempo después, Rodrigo y Berenguer Ramón, los dos adversarios, alcanzaron un pacto de paz, mediante el cual Berenguer Ramón entregó el control de las tierras de su protectorado en la región valenciana.

En el año 1091, la reina Constanza, con la intención de reconciliar al Rey con el Cid, se acercó a este último para informarle sobre los planes del Monarca de llevar a cabo una operación militar contra Granada. Le sugirió que se uniera a la campaña, lo que podría ayudarle a recuperar el favor del Rey. Rodrigo, quien anhelaba con fervor volver a estar en gracia ante el Monarca, decidió partir hacia Granada con su mesnada, aunque lo hizo junto a la hueste real, manteniendo campamentos separados. La expedición no logró cumplir con sus metas, lo que reavivó el resentimiento de Alfonso hacia Rodrigo. Algunas de las decisiones tomadas por el Campeador fueron vistas como presunciones, lo que enfureció al Rey, quien intentó capturar al Cid. Sin embargo, este logró escapar, lamentando haber seguido el consejo de la Reina y regresando de inmediato a Valencia, donde había establecido su protectorado.

La creciente irritación de Alfonso hacia el Cid lo llevó a tomar la decisión de formar una coalición con el objetivo de deshacerse de su incómodo vasallo de una vez por todas. Así, a mediados del verano de 1092, Alfonso VI, al mando de su ejército, emprendió la marcha hacia Valencia con la intención de asediarla por tierra. Simultáneamente, 400 barcos provenientes de Pisa y Génova se disponían a cercar la ciudad y atacar desde el mar. El ataque, que había sido meticulosamente planeado, no logró su objetivo debido a la falta de coordinación entre las tropas terrestres y navales. Además, el Cid había dejado la ciudad bajo el control de al-Qadir y un visir de su confianza, ya que se dirigía hacia la región de Borja.

Desde ese momento, tras haber enviado un mensaje al Rey en el que proclamaba su inocencia y lealtad, dejó claro que no tenía intención de enfrentarse a su soberano. Sin embargo, prometió que se tomaría venganza contra los malos consejeros y sus enemigos. Cumpliendo con su amenaza, desató una feroz revuelta de represalia en la Rioja, territorio bajo el control de su rival, el conde García Ordóñez, quien no se atrevió a enfrentarlo. Así, arrasó y saqueó todas las regiones que se extendían desde Alfaro hasta Haro y Nájera.

La derrota frente a Valencia y el saqueo de La Rioja habían evidenciado, una vez más, la manera en que Rodrigo se destacaba entre los grandes del reino. Su valentía y su capacidad para reunir un ejército invencible eran notables, pero también lo era su destreza política, que le permitía establecer y sostener un protectorado sobre Valencia y toda la región de Valencia.

Alfonso se encontraba en un momento crucial en el que debía aceptar la realidad. Como un gran monarca y estadista, no vaciló ni un instante. Decidió dejar atrás, si no olvidar, los conflictos del pasado y envió a Rodrigo su perdón, así como una generosa restauración de su favor real, devolviéndole todos sus bienes.

Esta decisión llenó de alegría al Cid, y desde ese año de 1092, la armonía entre Alfonso y Rodrigo nunca volvió a verse alterada.

En Valencia, un grupo de musulmanes que anhelaba poner fin al gobierno de al-Qadir y al dominio del Cid, vio una oportunidad en la ausencia de Rodrigo.

Decidieron entonces invitar a los almorávides, quienes, al llegar, tomaron la ciudad y asesinaron a al-Qadir el 28 de octubre de 1092. Esta intervención de los almorávides en Valencia marcaría el inicio de un gran enfrentamiento entre nuestro héroe y estos hasta entonces invencibles guerreros africanos. En noviembre, el Cid regresó a Valencia. Después de restablecer y fortalecer su dominio en toda la región, comenzó a hostigar y a planear el asedio de Valencia, que se había convertido en su enemiga. Estas acciones se prolongaron durante un año y medio, hasta que finalmente, el 16 de junio de 1094, tras un asedio devastador marcado por los horrores del hambre, la ciudad de Valencia se rindió sin condiciones. Mientras el Cid mantenía el asedio sobre la ciudad del Turia, en enero de 1094, el emir almorávide decidió enviar un vasto ejército contra Rodrigo. Este contingente llegó hasta Almussafes, donde los asediados pudieron observar su presencia. Sin embargo, para sorpresa de todos, el ejército retrocedió sin atreverse a lanzar un ataque contra las fuerzas del Cid, que se encontraban atrapadas entre las murallas de Valencia y el ejército almorávide. Este revés fue un duro golpe para el emir Yusuf. Pocos meses después, Texun enviaba un segundo ejército contra el Cid, quien ya había tomado el control de la ciudad. Rodrigo se preparó para resistir tras las murallas. Las fuerzas almorávides llegaron hasta el arrabal de Cuarte y comenzaron el asedio, llenos de bravatas y amenazas.

Sin embargo, en la mañana del 21 de octubre de 1094, los sitiadores fueron sorprendidos por una salida de los defensores y por una emboscada que se había preparado durante la noche. Al darse cuenta de que su campamento estaba perdido, entraron en pánico y huyeron, dejando atrás un vasto botín.

Los almorávides regresarían a Valencia por tercera vez, enfrentándose a otro revés en la batalla de Bairén, que tuvo lugar en enero de 1097, a cinco kilómetros al norte de Gandía. En esta ocasión, el infante aragonés, quien más tarde sería conocido como Pedro I, se unió al Cid en la lucha. El ejército almorávide fue completamente aniquilado, sufriendo pérdidas devastadoras. Sin embargo, la alegría por este triunfo se vería empañada unos meses después, el 15 de agosto, cuando el joven Diego Rodríguez, el único hijo varón del Cid, falleció en una derrota cristiana mientras combatía junto a Alfonso VI en los campos de Consuegra, en Toledo.

Dos años después, en el apogeo de su poder, el 10 de julio de 1099, el célebre guerrero Rodrigo Díaz de Vivar, conocido como el Cid, fallecería de causas naturales. Este acontecimiento ocurrió cinco días antes de que los cruzados tomaran Jerusalén.

Al morir, dejó el señorío de Valencia y su mesnada bajo la tutela de doña Jimena. Además de su hijo que había muerto en Consuegra, el Cid dejó dos hijas. La mayor, Cristina, se casaría con el infante navarro Ramiro Sánchez, y de esta unión nacería García Ramírez, conocido como el Restaurador, quien se convertiría en rey de Navarra. Gracias a esta conexión familiar, se podía afirmar que "Hoy los reyes de España son parientes".

María, la otra, se uniría en matrimonio con el joven conde de Barcelona, Ramón Berenguer III el Grande. A su vez, las dos hijas de este enlace, María y Jimena contraerían matrimonio con el conde de Foix y el conde de Besalú, respectivamente.

Después de la muerte del Cid, doña Jimena disfrutó de dos años de tranquilidad en Valencia. Sin embargo, en el año 1101, los almorávides volvieron a asediar la ciudad.

La mesnada del Cid resistió valientemente desde septiembre hasta marzo del año siguiente. Fue en ese momento cuando doña Jimena decidió pedir ayuda a Alfonso VI.

Al llegar a Valencia, el rey fue recibido con gran alegría, pero tras evaluar la situación, consideró que la plaza era indefendible y ordenó su evacuación, dejando a su paso algunos incendios.

Junto al rey Alfonso, doña Jimena, el obispo don Jerónimo y la mesnada cidiana abandonaron Valencia, llevándose consigo los restos de Rodrigo, que fueron finalmente enterrados en el monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de Burgos.

Pedro Fuentes Caballero